

EL INTELLECTUALISMO EN LA RAZA VASCA ⁽¹⁾ POR ADRIÁN DE LOYARTE

Discurso pronunciado en la velada del Consistorio de Juegos Florales, en Azcoitia, la noche del 3 de Octubre de 1910, ante una gran concurrencia, y donde tenía asiento de preferencia la aristocracia azcoitiana.

EXCMA. DIPUTACIÓN, SEÑORAS, SEÑORES :

Una de las más grandes injusticias que se han hecho á nuestro país, es la de negar á sus hijos dotes intelectuales, para las grandes y sublimes concepciones especulativas.

Pero no es esto lo sensible; no es esto lo tremendo en esa gratuita afirmación. Lo más sensible, es que ello lo han dicho gentes de este mismo país, gentes que se precian de ilustradas y de haber estudiado el genio, las aptitudes y las envidiables condiciones de nuestra raza.

Antes de entrar en materia, comencemos por analizar de dónde procede la palabra intelectualismo, esa palabra de la que tanto se abusa hoy y que apenas se extiende por determinados elementos fuera del círculo de unas cuantas composiciones más ó menos literarias.

Origen de la palabra intelectual.

La palabra intelectual, señores, procede de intelecto ó inteligencia (*intelectus*); es decir, que es la consecuencia que se deriva del entendimiento. Una persona podrá ser tanto más intelectual cuanto mayor potencialidad tenga su entendimiento, y un entendimiento será tanto

(1) Este trabajo de nuestro colaborador Sr. Loyarte, no pudo entrar en el número anterior, como era el deseo de la Dirección de esta Revista, por falta material de espacio.— (*Nota de la Redacción.*)

mas poderoso, cuanto más fácilmente adapte á su modo de ser cuantos elementos le rodean, lo mismo en el mundo de la discusión, de la controversia, de lo espiritual y de la comprensión de las cosas, como en el mundo material. Y lo que se aplica al individuo, señores, se aplica igualmente al núcleo general de un pueblo, de una nación, de una raza.

Ahora bien. Sentado este principio de que lo intelectual procede de la facultad de concebir, de comprender, de conocer, por medio del entendimiento, ¿es justo que lo que hoy se ha dado en llamar intelectualismo, se reduzca tan sólo al pensamiento exteriorizado en las Bellas Artes y en las Letras? ¿Es lógico que el intelectualismo se limite tan solo á las concepciones especulativas de un campo limitadísimo entre las múltiples ramas del saber humano? En mi concepto, no, señores.

¡Pues qué! ¿Hay alguien que se atreva á negar dotes de intelectualidad al militar que en un momento de peligro para la patria coloca en pie de guerra un ejército numeroso y lo despliega en los puntos más estratégicos, haciendo que la ciudad á él encomendada se vea libre de todo peligro é invasión enemiga?

¿Hay quien pueda negar dotes de intelectualidad al político, que con una labor sincera, consecuencia de la verdadera ciencia política, conduce á su pueblo al más grande bienestar y al mayor desarrollo de sus fuerzas vitales?

¿No son intelectuales todos los hombres de acción, todos los hombres de lucha, todos los hombres que discurren, como el ingeniero, el arquitecto, el marino y hasta el mismo gerente de una fabrica?

Pues ¿por qué el intelectualismo se ha de limitar exclusivamente á las letras, siendo, como es, patrimonio del entendimiento?

Este es el error grande, y este es el sofisma sobre el que han asentado todas sus afirmaciones los que niegan dotes de intelectualidad á la raza vasca.

Nuestra raza es intelectual.

Á pesar de todo, analicemos los rasgos más salientes de nuestra raza en el campo de la inteligencia.

Nuestra raza se ha distinguido en todo el transcurso de su historia, por ser eminentemente práctica y conocedora, como pocas, de la

realidad de las cosas. Este ha sido el país que durante largos siglos se ha bastado de sus sencillos gobernantes, para mantenerse como uno de los pueblos más felices de que nos habla la Historia.

Es decir, que ha encontrado la felicidad dentro de sí misma.

No le ha importado codearse con naciones más poderosas; no ha buscado para sus leyes más que la sencillez y la bondad; no ha impuesto Códigos ni leyes basadas en abstractas filosofías, ni ciencia jurídica que no fuese la consecuencia del sentimiento patrio. No.

Y en cambio de todo ello, ha sido un pueblo libre, un pueblo feliz, un pueblo admirable.

¿Y qué es esto sino el principio fundamental de toda raza inteligente? ¿Qué es esto sino el principio de la intelectualidad?

Pero no creáis que esto lo digo yo; no, señores. Esto lo dice uno de los filósofos más positivistas de Alemania, Schopenhauer: «El hombre inteligente buscará una vida tranquila y modesta, al abrigo de todos los importunos». Y lo que Schopenhauer aplica al hombre, lo aplico yo á los hombres y á las razas en general.

Habéis visto, señores, que la raza vasca, en su esencialidad, es inteligente, en su principio es de una inteligencia eminentemente práctica. ¿Ha sido lo mismo en el mundo especulativo? Vamos á demostrarlo. Las concepciones intelectuales de nuestra época antigua son, en verdad, bien escasas, siempre que miremos á la Historia dentro del estrecho círculo de nuestro país. Pero recorramos la historia mundial. Recorramos tan solamente la Historia de España.

¿Dónde están los vascos?

Los vascos, señores, para no repetir lo que tantas veces se ha dicho ya, están figurando en casi todo el transcurso de la Edad Media en las principales manifestaciones del saber humano.

Pero á los vascos, señores, es necesario analizarlos allí en los primeros albores de la civilización ultramarina; allí donde fracasaron tantos políticos y conquistadores enviados por los reyes de España; allí donde hubo que luchar con una raza indomable y traidora; allí donde tan solamente caracteres de hierro y voluntades de acero, pudieron abrirse paso, debido á una diplomacia y política exquisitas; allí donde murieron tantos y tantos hombres bajo el puñal del salvaje y la lanzada del indio; allí donde actualmente se levanta airosa y gallarda una civilización energética y vigorosa, asentada sobre los firmes sillares de la voluntad, la energía y la inteligencia del vasco.

Es allí donde hemos de admirar á nuestros hermanos. Allí donde un Bruno de Zabala fundó la ciudad de Montevideo; donde un Juan de Garay fundó á Buenos Aires y Santa Fe; donde un Armendariz, virrey del Perú, fué el prototipo de la justicia y del orden; donde un Irala, genio portentoso, analizado por historiadores extranjeros, descubrió el Paraguay y fundó la Asunción; donde un Gamboa y un Loyola echaron los primeros cimientos de las instituciones escolares, y donde, por último, un Eizaguirre, un Errázúriz, un Vicuña, un Balmaseda, un Jáuregui, un Ortiz de Zárate, un Andonaegui, un Muruve, un Ladrón de Guevara, un Arriola y otros mil que no los cito en honor á la brevedad, demostraron á la faz del mundo que la raza vasca guarda, dentro de su misma estructura, aptitudes y condiciones extraordinarias.

Esto, señores, por lo que hace al mundo político y conquistador.

En el mundo de las Letras y de la Filosofía, fué un vasco también apellidado Elizacochea quien primeramente introdujo la Ciencia de la Filosofía en Méjico; un vasco fué el autor de la primera ortografía española, Juan de Iciar; un vasco también fué, señores, el fundador en las regiones del arte, de la escuela mejicana, Baltasar de Echave; un general como Francisco de Echeveste, fué quien trabajó más que nadie por la cultura y la civilización en Méjico, llegando á fundar multitud de centros de enseñanza, entre los que se cuenta el colegio para los niños pobres, y que actualmente es el de más importancia de Méjico y donde se encuentra colocado el retrato de Echeveste por los mejicanos, en señal de agradecimiento, y vascos han sido, señores, figuras sobresalientes en la Historia de España y América.

¿Es que de razas que carecen de condiciones de intelectualidad surgen estas figuras? ¿Es que hay todavía quien se atreva á afirmar que nuestra raza no tiene condiciones para las grandes manifestaciones intelectuales? No quiero ocuparme de cuanto ha surgido en la intelectualidad española, de cerebros puramente vascos y oriundos de vascos. No quiero, señores, ocuparme de la labor educativa é intelectual que están llevando á cabo no tan sólo escritores que brillan dentro del país vasco con luz propia y vigorosa, sino de hombres de saber y de ciencia que tanto en las artes liberales como en la política española figuran entre los temperamentos intelectuales de primer orden. No, no quiero hablar de ellos porque solamente me limito á los de épocas más antiguas. Y por eso los dejo para otro lugar y acaso otra conferencia.

Tipo representativo del intelectual.

Pero con la historia de uno de los hijos más esclarecidos de Azcoitia en la mano, voy á demostrar todavía una vez más la potencia intelectual de los cerebros vascos.

Aizquíbel, señores, el gran Aizquíbel, esta gloria azcoitiana, fué lo que hoy se llamaría el prototipo y la representación más acabada del intelectualismo.

La historia de esta ilustre personalidad no es conocida por el intelectualismo de nuestro país, como debiera conocersele.

Filólogo, lingüista, conferenciante de fama europea y uno de los polígrafos más reputados de Europa. Aizquíbel tenía tal fama de buen hablista, que no pocas veces era llamado por los principales centros académicos de Europa, para que diese conferencias sobre Ciencias Naturales. Su saber era tan vasto, que los hombres más sabios de aquella época consultaban con Aizquíbel los puntos más dudosos de sus estudios.

Verdadero hombre de estudio. Llegó á formar una biblioteca de más de 2.000 volúmenes, adquiridos todos ellos en los viajes que en unión de su señor el duque de Granada, realizó por diversas poblaciones europeas.

Y en corroboración de cuanto digo, en prueba de cuanto dejo afirmado, en señal evidente de lo mucho que valía Aizquíbel, ahí han quedado para la posteridad y para todo temperamento de estudio, ese monumento filológico, esa maravilla de saber y ciencia filológica, la obra titulada «El Nuevo Testamento», escrito en griego, latín, francés, español y vascuence; ahí ha quedado su «Diccionario Vasco-Castellano», que comprende 120.000 voces vascas; ahí han quedado su «Gramática general sobre el euskera»; su «Diccionario de etimologías vascongadas» y otra multitud de profundísimos estudios que perdurarán mientras viva el país y la raza vasca.

Y ya que he citado á Aizquíbel, ¿hemos de olvidar á otro hijo ilustre de Azcoitia? No; ningún intelectual debe olvidar á aquel hombre que en las Cortes Españolas defendió con elocuencia viril y energía los derechos privativos de nuestro país: á D. Valentín Olano.

Todos sabéis, señores, que este azcoitiano conmovió de tal modo a la Cámara española, que un solo discurso suyo bastó para que uno de los cerebros más vigorosos que ha tenido España y una de sus glo-

rias más puras, el gran Donoso Cortés, le comparase con otro gran orador también y libertador de Irlanda, Daniel O'Connell.

¡Ah!, señores. ¿Cuándo concluiría yo esta noche, si hubiese de ir nombrando todos los hombres intelectuales que ha tenido nuestro país y todas sus meritorias producciones?

¿Quién se acuerda hoy de aquella otra figura de primer orden, de aquel privilegiado entendimiento, de aquel gran orador que hizo enmudecer con su verbo incomparable á los Ríos Rosas, á los Olózaga, á los Figueras y hasta al mismo Castelar, hombres notabilísimos todos ellos de las Cortes Constituyentes? ¿Quién se acuerda hoy del egregio D. Vicente Manterola? ¿Quién, señores? ¿Dónde está la intelectualidad de mi país, que tan olvidado tiene á uno de los más insignes hombres que ha tenido la Historia de España?

No, no continuemos, señores, porque negar condiciones de intelectualidad a una de las razas más intelectuales y más fuertes de Europa, es negar la luz meridiana, es negar la acción benéfica de los rayos del sol, es negar la bondad de la Naturaleza, y negar, señores, la bondad á la Naturaleza y la luz al sol, es negar hasta la misma existencia de un ser Supremo, de un ser Infinito, que es Dios.

¿Dónde están las razas intelectuales?

¡Ah!, vascos que me escucháis. Yo quiero que vayáis por esos mundos analizando á los pueblos, punto por punto y raza por raza. Yo quiero que reconcentréis vuestro pensamiento y palpando el corazón y destruyendo si queréis vuestras más caras afecciones, discurráis friamente, analicéis, como el químico analiza los alcaloides bajo los arcanos de una retorta, y después de todo ello decidme dónde están las razas más intelectuales, las razas más artistas, si en aquellos pueblos donde se rinde culto fervoroso á un ideal, ó allí donde los hombres son más esclavos que libres; si allí donde el canto popular y la poesía lírica ha armonizado el canto más sublime de la libertad, como ha sucedido en nuestro país, ó allí donde el pesimismo de una tiránica filosofía, ha hecho á los hombres más bien autómatas que hombres y razas libres.

Decidme; ¿dónde está el arte y la inteligencia?, si en un Lutero, que muere con una muerte vulgar esclavo de sus pasiones, ó en un Ignacio de Loyola, cuya aureola de pristina pureza surge radiante para volar á

la eternidad á manera de la espiral de oloroso incienso; si en un Washington, viva encarnación del ideal de libertad de un pueblo, ó en un Marat, que ahogan en sangre inocente, millares de víctimas refractarias á sus monstruosas aberraciones.

¡Ah! no cabe duda, señores. El arte y la inteligencia no pueden encontrarse más que en razas donde el ideal se siente con profundo sentimiento y con extraordinaria belleza. Y nuestra raza, que á través de generaciones y más generaciones rinde ese culto ideal tan fuerte y tan sencillo de su personalidad, nuestra raza que ante el árbol de Guernica dobla su rodilla, se descubre con fe espartana, y de padres a hijos y de abuelos á nietos, juran defender su libertad y juran luchar bajo ese roble que envuelve todo un poema; esa raza es, señores, una raza de artistas, de sublimes artistas, de incomparables artistas, porque, señores, no hay raza ni pueblo más artista que aquel que sabe derramar su sangre por un ideal.....

¡Azcoitia! Desde esta tribuna, patrocinada por nuestra Excma. Diputación, yo te saludo con el entusiasmo de un ferviente guipuzcoano; yo te saludo, patria de Aizquibel, de los duques de Granada, de los condes de Peñafiorida, de los Idiáquez é Insausti, y cuando contemplo estas montañas que te rodean; cuando veo los ríos que te circundan y las fuentes que con misterioso ruido se abren paso por entre las rocas de esas mismas montañas, permíteme que el recuerdo de mi patria surja vivo en mi memoria y palpitante en mi corazón.

Porque nuestra patria, señores, no es tan sólo el rincón de las primeras ilusiones, no es tan sólo el hogar donde rezamos nuestra primera plegaria, no es tan sólo el campo feraz donde se iniciaron nuestras primeras ideas; es esta Euskal-erria, hermosísima, incomparable, cuna de donde surgieron navegantes intrépidos por su valor y heroicos por sus hazañas, raza de donde han emanado los aventureros mas legendarios con que cuenta la Historia, fuertes como el hierro de sus montañas y vibrantes como las olas de su impetuoso mar; estrella luminosísima que ha guiado á multitud de pensadores del mundo civilizado al estudio y atención de su historia y su vida; que ha tenido una legislación guardadora de una libertad de tan gloriosa estirpe, que no hay nación que pueda disputarle la prioridad y el primer rango entre los pueblos más antiguos de la libertad; que siente en sus venas el correr de una sangre tan gloriosa, que todos los bronces son mezquinos para enaltecerla, cual se debe, en honor á sus merecimientos.

Raza que, cual ninguna otra, se ha sacrificado con torrentes de sangre por el triunfo de un ideal; raza que tiene una historia muda, callada, que ni tan siquiera consta en los anales más vulgares del historiador, pero que siempre surgirá victoriosa ante los hechos súbitos y los despertamientos generosos de que ha sido autora y propulsora genial; raza que, aunque queráis llamarla fanática, inquieta, no me importa, porque esa misma inquietud es la que le hace ser uno de los pueblos más geniales, porque precisamente es esa raza la que tiene condensado en un solo grito y un solo nombre, y lo ha tenido siempre en toda su historia el grito más hermoso, el nombre más culminante de la que es nuestra santa, nuestra fecunda, nuestra eterna é incomparable madre: «Ama Euskal-erria».—HE DICHO.
